

PUBLICACIONES

DEL

MUSEO DE ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA

DE CHILE

SUMARIO:

	<u>Págs.</u>
MARTIN GUSINDE	Bibliografía de la Isla de Pascua, (Continuación) 261
FR. FELIX J. DE AUGUSTA ...	Pismaihuile: Cuento araucano 385
CARLOS OLIVER SCHNEIDER	Contribución a la Arqueología Chilena 401
MARTIN GUSINDE	Métodos de investigación antropológica adoptados por el Museo de E. y A. de Santiago 405
AURELIANO OYARZUN	Memoria presentada al señor Ministro de Instrucción Pública 413
MARTIN GUSINDE.....	Tercer viaje a la Tierra del Fuego 417
LEON STRUBE, MARTIN GUSINDE.....	Bibliografía 437

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

MONEDA, 1170

1922



EXPEDICION A LA TIERRA DEL FUEGO

Informe del Jefe de Sección

Señor Director:

Comisionado por Ud., a principios de Diciembre de 1921, previa autorización del señor Ministro de Instrucción Pública, concedida por decreto N.º 6046, para dirigirme nuevamente a la Tierra del Fuego, con el objeto de continuar mis estudios comenzados anteriormente en la tribu de los yaganes, tengo hoy el honor de informar a Ud. acerca de los trabajos realizados y de los resultados obtenidos por la expedición con que Ud. ha tenido a bien honrarme.

Gustoso acepté, señor, el cargo de emprender esta nueva expedición científica a la lejana región del Archipiélago de Cabo de Hornos, pues así se me presentaba la ocasión de completar mis trabajos anteriores y terminarlos definitivamente, ya que se trata de una población indígena que se reduce día a día y que es de suma importancia conocer a fondo desde el punto de vista histórico y etnológico, en sus relaciones con las demás manifestaciones de la cultura humana.

No hay hombre de ciencia que se ocupe del estudio de los pueblos y de las razas humanas menos, todavía, un america-

nista que dominé a fondo los serios problemas de su especialidad, que no reconozca que el estudio detallado y concienzudo de los fueguinos es lo mas urgente e importante que queda por hacer en la América del Sur. Sólo el análisis completo de las particularidades étnicas y somáticas de los fueguinos proporcionará una base suficientemente sólida para la solución de los problemas y enigmas que tienen íntima relación con los de los otros indígenas del continente.

La obligación, pues, de llevar a cabo estas investigaciones, que reclamaba el mundo científico desde tanto tiempo atrás, correspondía únicamente a los centros intelectuales de Chile, bajo cuya soberanía se hallan en parte las razas del extremo austral del continente americano. Mas aún, diría mal de la cultura intelectual de este país que naciones extrañas efectuaran expediciones costosas para resolver estos problemas.

Mucho se ha escrito sobre el pretendido estado salvaje y la forma de cultura rudimentaria que se ha atribuido a los fueguinos. Sus autores, sin haberse tomado jamás la molestia de ponerse en contacto íntimo y duradero con ellos, han emitido opiniones que, en buen número de casos, son contrarias a la verdad y carecen de fundamento. Sin embargo, a ningún etnólogo serio le cupo jamás la menor duda de que tales afirmaciones eran gratuitas y antojadizas. ¿Cómo fué posible llegar a calificar a los fueguinos de seres intermediarios entre los animales y la verdadera especie humana y describirlos como dedicados a la antropofagia y sin Dios ni ley en sus actos? Y lo mas doloroso es que estas opiniones fueron lanzadas al mundo civilizado por hombres de tanta autoridad como el naturalista Charles Darwin, que los visitó por los años de 1832 y 33. Pero, lo repito, los etnólogos de profesión se resistían a participar de estas ideas, en vista de que otros pueblos de distintas regiones del globo no ejercían prácticas tan extrañas, y no dejaron nunca de creer que los naturales de la Tierra del Fuego, eran hombres como todos los demás, y que, en las ma-

nifestaciones de sus sentimientos, inclinaciones y aspiraciones no debían diferenciarse de los otros seres humanos.

Estudiar y resolver estos problemas fué la idea que tuvo el Museo de Etnología y Antropología de Santiago al comisionar a su Jefe de Sección para trasladarse a la Tierra del Fuego. Hoy se puede considerar cumplida esta misión, y me considero feliz al decir que estos problemas se han resuelto de una manera tan favorable, como yo mismo no me lo habría imaginado, pudiendo agregar que estas dudas eran justificadas y que las suposiciones que atribuían a los fueguinos idénticas características que a los demás pueblos de la tierra, eran verdaderas.

A pesar de ser erróneas las opiniones que se han emitido sobre los fueguinos, las particularidades culturales y raciales que se les atribuían dejaban entrever, y aun suponer, con razón, que debían formar un pueblo de cultura originaria. En efecto, la clasificación moderna del *método histórico-cultural* los coloca en esta categoría. Y, siendo pues, los representantes genuinos de la gran familia humana, lo mismo que sus semejantes, que están en el mismo grado de cultura en otras partes del globo, no hay para qué aducir mas razones para comprender la importancia que tiene el estudio de estos naturales en la investigación del desarrollo de la cultura humana, en general. Así se comprende, también, que el eminente etnólogo de la Universidad de Nueva York, profesor Dr. Franz Boas, con motivo de una visita hecha a Viena últimamente y aplaudiendo calurosamente la iniciativa de este Museo, haya dicho en repetidas ocasiones que el estudio de la cultura de los fueguinos es, hoy por hoy, el problema mas importante de la etnología y que reclama una rápida solución.

Para que el investigador tenga buen éxito en su delicada empresa y pueda penetrar el alma del pueblo que estudia y comprenderlo en sus modalidades étnicas e individuales, necesita, ante todo, familiarizarse con él y compartir su vida cotidiana, a fin de captarse su completa confianza. Sin estos re-

quisitos, los naturales jamás abren al extranjero su corazón, ni le muestran las intimidades de su alma, no pudiendo, por tanto, llegar jamás a comprender su idiosincrasia.

En mi segundo informe presentado a Ud sobre mis viajes a la tierra del Fuego, he analizado ya la práctica que he seguido en mis investigaciones y que he adoptado también este año, a pesar de la innumerables molestias y sacrificios que ella impone, porque obliga al investigador a renunciar a toda comodidad y a hacer vida común con los indios.

Lo repito, el buen éxito de mis investigaciones ha sobrepasado todas mis esperanzas. De manera, pues, que esta expedición aporta un contingente valiosísimo a la ciencia por el gran número de datos fidedignos y el gran acopio de observaciones que me ha sido posible recoger.

Debo dejar constancia de lo sensible que ha sido para mí que el Supremo Gobierno no haya podido contribuir con una ayuda mas eficaz a esta expedición, apenas si con el dinero que me proporcionó el Museo pude pagar mis gastos de ida y vuelta en los ferrocarriles y vapores que me llevaron a Punta Arenas y la Tierra del Fuego y me trajeron a Santiago.

Desde fines de 1921 tenía preparada esta expedición, que debía ser la última a la tierra de los yaganes. El tiempo urgía y necesitaba dar cima a los estudios ya empezados en las dos expediciones anteriores, pero la crisis financiera por que atravesaba el país impidió poner a mi disposición ni siquiera una modesta suma de dinero. Conté no obstante, en todo momento, con la buena voluntad del señor Ministro y los jefes del ministerio de Instrucción Pública.

Impuesto de esto el señor Arzobispo de Santiago, Dr. don Crescente Errázuriz, entusiasta protector de todo aque-

llo que se relaciona con el adelanto del saber humano, tuvo la generosidad de proporcionarme los medios necesarios para llevar a cabo mi empresa. Debo declarar, por lo tanto, que se debe a la munificencia de nuestro dignísimo Prelado, la realización de esta expedición, que prestigiará en el extranjero las actividades científicas e intelectuales de nuestro país. Reciba públicamente, el Señor Arzobispo mis agradecimientos por la protección que se dignó prestarme en estas investigaciones.

Por la experiencia adquirida en mis dos expediciones anteriores, me fué relativamente fácil en este viaje encontrarme luego con algunos yaganes y reunir en pocas semanas a casi todos los sobrevivientes de esta tribu en la misma isla de Navarino.

Habiendo partido el 2 de Enero de Punta Arenas, me encontré ya a los tres días entre estos fueguinos. La recepción que me hicieron, aunque, a su modo, muy primitiva y singular, no fué por eso menos cordial y sincera. En vano me habían esperado en el año anterior, pues les había prometido visitarlos, pero falté involuntariamente a mi palabra por haber tenido que acompañar a la expedición que ese verano visitó la Patagonia en la parte de la Cordillera que comprende el Istmo de Ofqui.

Pero en cambio, esta vez me presentaba a los yaganes con mi antiguo compañero de estudios, el Dr. Guillermo Koppers, redactor de la célebre revista austriaca "Anthropos", caballero a quien había invitado con tiempo para esta expedición.

Como es sabido, las islas mas australes del continente americano forman la patria de los indios yaganes. Allí en sus frágiles canoas, surcan los innumerables canales del Archipiélago de Cabo de Hornos. Se abrigan al pie de las desnudas rocas y al borde de los impenetrables bosques, contra los terribles y helados huracanes, reunidos alrededor de la lumbré, bajo sus humildes chozas levantadas con algunos palos delgados cubiertos con ramas de árboles o cueros de lobos. Son nómades, es decir, cambian de residencia continuamente para buscar su alimento. De manera que dar con ellos y reunirlos es tarea muy difícil. Luego después, hay que inspirarles confianza absoluta, haciendo vida común con ellos, lo que sirve también para observarlos en sus tareas diarias, estudiar sus costumbres y tradiciones, contemplar la educación de sus hijos, las relaciones de los esposos entre sí, la de una familia con otra, penetrar, en una palabra, su sociología, mitología y religión.

Los que se dedican a las investigaciones etnológicas, trabajos de por sí delicados, deben ponerse en contacto directo con los indígenas que estudian. Si son muchos los expedicionarios, no consiguen jamás la confianza de los naturales, se ponen éstos desconfiados y recelosos al ver a un grupo numeroso de seres extraños, y aun huyen antes de que se les pueda convencer de los fines pacíficos y altruistas que motivan una expedición científica. Por el contrario, un solo explorador casi no resalta entre la indiada y no llama la atención. No ofrece estorbo en las acostumbradas manifestaciones de su mentalidad y en la marcha rutinaria de sus trabajos y quehaceres de la vida ordinaria. De esta manera también el investigador gana mucho mas fácilmente la confianza de los indígenas, que tanto necesita para hacer provechosa su labor. La experiencia me ha enseñado que éste es el verdadero método de hacer las investigaciones etnológicas y por eso lo he seguido.

Empero, salta desde luego a la vista que esta vida de constante e íntimo trato con los indios impone no pocas molestias y sacrificios penosos. Desde luego, no hay en sus miserables chozas espacio suficiente para arreglarse con comodidad. Las escasas provisiones que uno lleva consigo se consumen pronto porque hay que repartirlas con ellos; se hacen los convidados al festín y aprovechan bien la ocasión. Hay que contentarse, entonces, con mariscos, pescado, carne de lobo y de aves marinas, callampas y frutos silvestres. A todo esto se agregan las molestias ocasionadas por la rudeza del clima de esas regiones inhospitalarias, la falta absoluta de recursos para el caso de un malestar físico o una enfermedad cualquiera, y, por último, la falta de tantas pequeñas cosas que necesita el hombre civilizado para el aseo y comodidad de su persona. Todo esto sin mencionar todavía el peligro de la vida a que se expone el que, en las frágiles canoas de los indios, cruza las intranquilas aguas de tantos brazos de mar!

Pero en vista de los buenos resultados que nos prometíamos de esta expedición, aceptamos resueltamente estos y otros sacrificios y nos hicimos el ánimo de vivir juntos con esa gente sencilla y bondadosa, en sus pequeños ranchos, al lado del fuego del hogar, que nunca se extingue, y en medio de un humo asfixiante, contentándonos con sus pobres comidas y llevando, por decirlo así, la verdadera vida del indio.

Contando sólo con habilidad y experiencia en esta clase de estudios, y estando en contacto directo y continuo con estos indígenas, puede conocerse a fondo su mentalidad, sicología, idiosincrasia, lengua, etc.; sólo así se borra la distancia que media entre ellos y el hombre de cultura mas avanzada. Si se desconoce este procedimiento de investigación etnológica, se llega infaliblemente a conclusiones erróneas. Y tan es así, que hasta el mismo Charles Darwin emitió juicios y apreciaciones sobre estos fueguinos que debemos calificar como completamente desprovistos de verdad. A la deficiencia

de sus observaciones debe el mundo su opinión de que los yaganes son antropófagos y seres sin Dios ni moral. Afirma este autor en su libro titulado: *Viaje de un naturalista alrededor del Mundo* que "estos indios no pueden conocer las dulzuras del hogar doméstico, y menos aún el afecto conyugal, porque el hombre no es mas que el dueño brutal de su mujer o, mas bien, de su esclava... Nada tienen que imaginar, nada que comparar, nada que decidir... ni aun se necesita emplear la astucia, esa ínfima facultad del espíritu. Pueden compararse en cierto modo sus escasas facultades al instinto de los animales, puesto que no se aprovechan de la experiencia... Creo que el hombre en ésta parte extrema de la América del Sur está mas degradado que en ninguna otra parte del mundo..."

Basta esta cita para comprender el concepto que había de formarse el mundo de esta raza tan mal comprendida por Darwin!

Desde hace tiempo se conocían los instrumentos y las armas que emplean los fueguinos en la caza de los animales, como también los utensilios que constituían su cultura material o ergología. Ya lo dijimos, son un pueblo nómade. Cada familia tiene su propia canoa en que llevan todo su ajuar en sus viajes de una ribera a la otra de los innumerables canales que visitan constantemente. Y, cosa curiosa, en la canoa manda la mujer, ella boga y gobierna, mientras el marido permanece sentado en la proa, dedicado a la caza de aves y lobos cuando se presenta la ocasión. Al anochecer desembarca la familia en una playa o bahía abrigada. El hombre levanta en pocos minutos la choza, trae algunos trozos de madera encendida del fogón de la canoa y pasa la familia la noche alrededor de la lumbre para seguir viaje al otro día, recogiendo antes en la playa la cantidad necesaria de choros, caracoles y crustáceos para la comida. Esta circunstancia, y otras consideraciones que no mencionaremos aquí, prueban que los yaganes forman un pueblo de cultura originaria. Pero todos estos

conocimientos habían quedado incompletos, porque ningún etnólogo había penetrado el alma de esta gente, y se desconocían completamente la sociología, la religión y la mitología el carácter de sus juegos y las ceremonias secretas peculiares a esta tribu.

Sabemos, por analogía, que todos los pueblos primitivos precisamente en estas ceremonias o festividades, concentran las manifestaciones mas íntimas del alma de toda la colectividad étnica. Pero la misma experiencia nos enseña también que los indígenas, en general, guardan el mayor secreto de estas instituciones. Las consideran un patrimonio sagrado que no les es permitido dar a conocer a un extranjero. Su sola presencia en estas festividades, sería una profanación, y les horroriza la idea de que un extranjero pudiera tomar parte en ellas.

¡Cuán lejos estaba, pues, la ciencia etnológica de conocer las manifestaciones del alma colectiva de los yaganes! ¡Ni de nombre se conocían estas ceremonias secretas! Hace apenas dos años, debido a circunstancias muy especiales, tuve la suerte de tomar parte activa en esas festividades e imponerme de todos los actos que en ella se practican. Es aquí, sin duda, donde se revela toda la psicología y la vida moral e intelectual de este pueblo desconocido.

En mi último informe comuniqué ya a Ud. someramente las particularidades características de las ceremonias de la iniciación de la juventud, llamadas "*chiejaus*". Tienen por objeto una enseñanza práctica y una instrucción de carácter moral de la vida. Están destinadas a los niños y niñas que han llegado a la edad de la pubertad y son obligados a asistir a ellas. A los jóvenes se les instruye de preferencia en el manejo de las armas, en la pesca y en la caza de lobos, aves y guanacos, y a las niñas, se les enseñan las obligaciones de la mujer. Les revelan, además, ciertos secretos y tradiciones antiguas de la tribu, que los jóvenes deben guardar escrupulosamente en su memoria para trasmitirlas, a su turno, a sus fu-

turos descendientes. Esta reunión, que tiene el carácter de un colegio, dura varias semanas. De día se entregan a diversos juegos y entretenimientos. Día y noche cantan sus himnos favoritos y se divierten bailando. En los intervalos los ancianos cuentan las tradiciones de la tribu. Mientras dura la instrucción los jóvenes son sometidos a duras pruebas de ayuno y trabajo y a un régimen muy severo. Demás está decir que yo también tuve que someterme a este régimen, siéndome imposible tomar apuntes y anotar los detalles de estas enseñanzas y ceremonias.

Gracias a la confianza absoluta que he merecido de estos naturales, conseguí en este viaje que los mayores de edad, en número de treinta y cinco, se reunieran esta vez como hace dos años en un sitio aislado de la isla de Navarino, para celebrar las fiestas de iniciación de la juventud, pues tenía interés en pasar por esta mi segunda prueba. Por suerte no se gastó esta vez tanto rigor conmigo, permitiéndoseme manejarme con mas libertad y tomar apuntes.

Terminadas las reuniones de este colegio de iniciación de la juventud, que me proporcionaron un abundante material de observaciones importantísimas, nos dimos un pequeño descanso y nos preparamos para comenzar otra clase de ceremonias secretas, que llevan el nombre de *kina*. Esta ceremonia es también una especie de colegio y no es menos severo que el anterior y sólo se admiten a él a los varones que han pasado dos veces por *chiejaus* y se han hecho dignos de concurrir a la casa del *kina* para oír los secretos de los ancianos de la tribu.

Adelantaremos aquí que estas ceremonias son iguales, en sus razgos generales, a las que celebran los indios onas con el nombre de *kloketen* y es muy probable que hayan sido transmitidas a los yaganes por los mismos onas.

Por haber asistido ya dos veces a las fiestas de las ceremonias iniciales mencionadas, tenía ahora, como verdadero yagán, el derecho de asistir a las festividades secretas que se

reservan escrupulosamente para los varones. Diré de paso que, al despedirme de mis amigos yaganes en mi segundo viaje, me prometieron reunirse con el propósito único de hacerme ver las particularidades de esta fiesta en todos sus detalles, no obstante haber transcurrido treinta años desde su última celebración. Con esto se cumplía mi deseo y el fin principal de mi tercer viaje, de asistir a las fiestas del *kina*

Sin detenerme en pormenores, referiré solamente que con este objeto se elige un sitio apartado donde se construye un rancho de forma cónica, bien espacioso, a fin de dar lugar a todo el movimiento de estas ceremonias. El fin principal que se persigue con la celebración del *kina* es dar a conocer los medios de dominar a las mujeres a fin de que éstas, se sometan en todo a la voluntad de los hombres y no intenten volver a dominarlos, como sucedía antes, según la tradición. Deben inspirarles a las mujeres el sentimiento de obediencia, respeto y sumisión a los hombres. Para ésto les hacen saber que luego descenderán los espíritus de arriba en forma visible, saliendo del rancho y presentándose a la vista de todos. Pero los tales espíritus no son mas que los mismos hombres que, completamente pintados y enmascarados, salen del tal rancho bailando, gritando y asustando al sexo débil.

Tanto esta fiesta secreta del *kina* como las ceremonias fúnebres, a que dan el nombre de *yamalashemóina*, eran hasta el presente completamente desconocidas. A la muerte de un indio, los deudos del difunto convidan a todos los parientes de la tribu para presentar al muerto los honores de costumbre y acompañar a los dolientes en su tristeza y pesar.

Acuden, efectivamente, de muy buena voluntad. El duelo es sincero y general. Las mujeres traen los remos de las canoas; todos se agrupan en dos bandos y forman filas que se acercan poco a poco una hacia otra. Cada fila inicia un simulacro de combate contra la otra, durante el cual se golpean recíprocamente, lanzando gritos y lamentando amargamente la pérdida del querido difunto. La costumbre que, por lo demás es respetada cuidadosamente, exige que los parientes mas cercanos del extinto se pinten completamente de negro. Los demás parientes pueden pintarse en formas muy variadas. Igual cosa se hace con los palos y los remos

Por medio de estas ceremonias expresan los yaganes su sentimiento por los muertos. Y, cosa bien singular, a veces duran estas ceremonias varios meses. ¡Dígase ahora que estos son los seres que ocupan en la escala animal un lugar intermedio entre el hombre y la bestia y que están privados de sentimientos nobles y ajenos a lo que experimenta el alma humana en las diversas circunstancias que depara la vida! Si Darwin se hubiera acercado a estos indios y los hubiera examinado con mas criterio, bajo los mismos andrajos que apenas cubren sus espaldas, habría visto latir claramente un corazón lleno de sentimientos, iguales en todo a los de aquellos que forman la gran familia humana!

Con cuantas dificultades tiene que luchar a veces aún el etnólogo mas experimentado, lo atestiguan los hechos siguientes.

De los conocimientos adquiridos en los últimos años por medio de la aplicación del método histórico-cultural a la etnología, debemos deducir que un pueblo de una cultura tan antigua como la yagán, debe haber profesado un monoteísmo más o menos claro.

Pues bien, en todo lo que se ha escrito de estos naturales,

nadie, al menos que yo sepa, ha dicho que tienen creencias religiosas. Desde que Charles Darwin pasó por la Tierra del Fuego en los años de 1832 a 33 se creyó que estos hombres no tenían ni indicios de creencias religiosas, y esto debido únicamente a la falta de una observación detenida y a la carencia de criterio para emitir un juicio ante el mundo científico. Este mismo gran error fué cometido el año de 1882-83 por la expedición francesa llamada *Mission Scientifique du Cap Horn* que visitó las regiones del canal de Beagle en el *Romanche*, al mando del comandante *Louis Martial*, llevando como naturalistas a *Denicker* y *Hyades*. Estos viajeros tampoco supieron acercarse a los indios, ni inspirarles confianza y compartir la vida con ellos para hacer observaciones de valor científico. Hasta personas como *Thomas Bridges*, pastor anglicano que, como misionero de estos indígenas, ha vivido mas de cuarenta años en contacto directo con ellos, han llegado a afirmar categóricamente que los yaganes carecen completamente de ideas religiosas.

Hace dos años, estábamos, como de costumbre, reunidos una noche en un rancho alrededor del fuego. El mas inteligente de los ancianos explicaba el mito del diluvio y decía que era muy antiguo. Habiéndole preguntado por el autor de esta inundación tan grande, noté que se efectuó un cambio visible en sus facciones. De los presentes, unos callaron hasta cerrar la boca, otros respondieron evasivamente: ¡Quien sabe! Por fin, un anciano dijo: *Watauinewa* mandó esa mucha agua. Preguntando ¿quién era ese *Watauinewa*, no tuve contestación...

Se comprende que con esta respuesta me asaltaron dudas y me puse a hacer conjeturas, pero ni con esto me dí cuenta cabal de que ya había encontrado la clave de la solución del problema de las creencias religiosas. En efecto, este año, viviendo en íntimo contacto con los yaganes, repetí mis investigaciones al respecto, y esta vez, con tan buen éxito, que pue-

do probar con numerosos y convincentes argumentos que nadie podrá ya negar, ni siquiera poner en duda, que estos fueguinos profesan un monoteísmo claro y preciso, sin mezcla de hechicería ni supersticiones y que han creído siempre en la existencia de un Ser Supremo.

Los yaganes poseen, pues, una religión en cuyo centro se divisa en forma perfectamente nítida un Ser Supremo. Son, por lo tanto, monoteístas. Sin exagerar, podríamos calificar este descubrimiento como uno de los mas importantes de la etnología contemporánea. Nuestros indios llaman a ese Ser Supremo *Watauinewa*, esto es, el eterno, mi padre, o también, *Hitapuán*, que significa mi padre; o *Watauinewa Sef*, el eterno en el espacio de arriba o, por último, *Monauanakin*, el Supremo.

Y este *Watauinewa* no vive alejado del mundo, sino que desempeña un rol muy activo en la vida de los yaganes. A él se dirigen en todas sus necesidades. Invocan su auxilio cuando una embarcación está amenazada por los furores de la tempestad. Cuando mueren seres queridos, le lloran su dolor y hasta le riñen de palabra. Y sí consiguen lo que piden, como por ejemplo, la salvación de los que peligraban la vida en la canoa o la salud de un enfermo, no se olvidan jamás de expresar sus agradecimientos al *padre de las alturas*, diciendo, *asas, Hitapuan*.

El yagán se dirige al Ser Supremo con frases que hacen al caso o con antiguas fórmulas que han sido transmitidas de generación en generación. He recogido mas de sesenta de estas fórmulas en su texto original con una traducción tan exacta como me ha sido posible hacerla. Es ésta, ciertamente, una adquisición histórico-religiosa tan interesante como valiosa, y que la debo únicamente a múltiples circunstancias en las que resalta principalmente la completa confianza de que gocé entre estos indígenas.

Los yaganes han sido siempre y siguen siendo monógamos. No sabemos si otros investigadores habían establecido esta particularidad, pero nosotros la observamos ya en nuestros primeros viajes.

El siguiente hecho comprueba lo penetrado que están de la significación sicológica de la vida conyugal. Con motivo de las ceremonias de la iniciación, el *chiejaus*, instruyen tanto a los jóvenes como a las niñas en las obligaciones que impone la vida conyugal. Reproduzco aquí las palabras textuales con que inculcan a la joven el deber de obediencia al futuro esposo y el cumplimiento de lo que les ha enseñado la costumbre de los tiempos antiguos: "Y también si sucediera que un hombre se olvidara de sus deberes y recurriera a otra mujer, no creas que quedas autorizada por esto para ir en busca de otro hombre. Espera que tu marido recapacite y vuelva a tí y encuentre que tu, a pesar de todo, le has guardado fidelidad. Se alegrará de ello, te lo agradecerá y tú y él seguirán viviendo en paz y felicidad".

En la familia se acentúa la autoridad del padre, pero no tanto que rebaje a la mujer a la calidad de esclava, al contrario, ella tiene y ejerce con plena libertad los derechos que por costumbre le corresponden.

Además, tanto en la familia como en todos los demás actos de la vida de estos indígenas, se observa y rige el régimen de la propiedad privada o personal.

Continuando los estudios lingüísticos que había empezado en los viajes anteriores, pude descubrir en el idioma yagán cuatro dialectos distintos que hasta ahora nadie había dado a conocer, a pesar de que el ya nombrado pastor Thomas Bridges ha escrito un gran diccionario sobre este idioma. Es muy probable que este diccionario contenga un dialecto principal

y que el autor no se haya dado cuenta de la existencia de los otros tres dialectos.

El idioma yagán tiene sonidos muy suaves, es muy rico en palabras y expresiones, su estructura gramatical es sencilla y tiene la particularidad de poseer palabras muy largas.

Las observaciones antropológicas dieron por resultado comprobar que, por la estatura de estos indios, los yaganes pertenecen al grupo de los pigmóideos, lo que corresponde exactamente a los estudios realizados en otros pueblos de mismo grado de cultura.

No encontramos material osteológico, pero reunimos numerosos objetos de su cultura material, destinados a completar las colecciones de este Museo.

Durante nuestra asistencia a los colegios ya mencionados y, también mas tarde, logramos fijar en el fonógrafo unos veinticinco cantos completamente desconocidos hasta la fecha y una serie de palabras yaganes con sonidos fonéticos que no existen en nuestro alfabeto.

Traemos, también, numerosos fotogramas, que servirán para ilustrar los resultados de nuestras investigaciones.

Resumiendo el resultado de los estudios practicados en mis tres viajes a la Tierra del Fuego que obedecieron a una plan bien estudiado de antemano, tenemos que los yaganes forman un pueblo de cultura arcaica u originaria y que, junto con los alakalufes, forman los pueblos mas antiguos de la

América del Sur. Establecido este hecho fundamental, se tiene la clave para resolver muchos otros problemas que se relacionan con la antigüedad, con las relaciones o influencias mutuas de los pueblos y con las migraciones que han existido y todavía existen en este continente.

Y si se nos pregunta ahora ¿cuál de las dos razas es mas antigua, la de los yaganes o la de los alakalufes? contestaremos que no estamos todavía en condición de resolver satisfactoriamente este problema, pero nuestra opinión personal es que fueron los alakulufes los que llegaron primero a estas regiones y después los yaganes, pues se observan ciertas influencias de parte de los alakalufes sobre sus vecinos. Por otra parte, notamos también en los mismos yaganes ciertas costumbres procedentes de los onas, que seguramente llegaron mucho mas tarde a la Tierra del Fuego.

Es de sentir que los indios alakalufes no hayan sido estudiados todavía debidamente, hay que hacerlo luego, ya que su número se reduce día a día.

Una feliz casualidad permitió que se encontrasen dos mujeres alakalufes entre los yaganes durante mi permanencia en aquella región. Aproveché esta circunstancia para estudiar su idioma y recoger algunas noticias sobre su cultura material e intelectual.

Desde el Canal de Beagle hice también una corta excursión al Río del Fuego, donde se hallaban algunos indios onas con el objeto de revisar las observaciones hechas en mis viajes anteriores sobre su idioma, sociología, mitología y religión.

Me permito llamar aquí la atención a la circunstancia de que no es nada envidiable la situación actual de los yaganes. No tienen residencia fija. Se trasladan diariamente de un punto a otro en sus pequeñas canoas en busca de su alimento co-

tidiano. Tampoco faltan, desgraciadamente, individuos de tan poca conciencia que los persiguen y explotan, abusando de su sencillez e ignorancia.

Los señores Laurence Hnos. poseedores de una pequeña concesión de tierras en la isla de Navarino, guiados sólo por su gran espíritu humanitario, les han cedido un lote de terreno donde han levantado sus sencillas chozas, cultivan jardines y cuidan algunos animales. Allí gozan de plena libertad y son amparados en sus aflicciones por estos concesionarios. Pero los derechos de los señores Laurence sobre estas tierras caducan este año y los pobres indios tendrán que abandonar sus posesiones para perder, talvez para siempre, el único refugio seguro que la suerte les había deparado.

No dudamos que el Supremo Gobierno de la República, inspirado también en iguales sentimientos de humanidad, encontrará una solución a este problema. Se trata, solamente de favorecer a unos setenta indios, entre hombres, mujeres y niños, pertenecientes a un pueblo que, después de haber sido diezmado por muchas causas, no aspira mas que a pasar los postreros días de su existencia en un terreno que les pertenezca y en donde nadie los moleste.

Los censos levantados por los misioneros ingleses que llegaron a esas regiones en el año 1840 y siguientes, daban para los yaganes una población que fluctuaba entre 2,500 y 3,000 individuos. Este número empezó a disminuir sensiblemente desde que estos naturales empezaron a tener roce con la gente civilizada. Los buques y vapores que recalaban en sus tierras les llevaron la alfombrilla, la tos convulsiva y otras enfermedades infecciosas y epidémicas que los diezmaron considerablemente. Ha contribuido también a la rápida extinción de este pueblo el cambio de vida y de alimento, el alcoholismo y el tabaco, sin olvidar las persecuciones directas a que siempre han estado expuestos.

No creemos que en este factor del descenso de la población

hayan desempeñado algún papel importante la tuberculosis y las enfermedades venéreas.

Como ya lo he dicho, la población actual de los yaganes consta de poco mas de setenta habitantes.

Por fin, después de haber pasado mas de tres meses haciendo vida común con los yaganes, en un país de la tierra completamente apartado de la cultura moderna, dimos por terminados nuestros estudios. Nos embarcamos en el escampavía "Orompello" con dirección a Punta Arenas y de allí a Santiago por la ruta ya conocida, volviendo a reasumir mi puesto en el Museo el 1.º de Marzo, día de mi llegada.

Réstame agradecer a Ud., señor Director, la honrosa misión que, a propuesta suya, me confirió el Supremo Gobierno. Agradezco, igualmente, al Ilustrísimo Señor Arzobispo de Santiago, monseñor Crescente Errázuriz, la valiosa ayuda que se dignó prestarme, al Señor Vicario Apostólico de Magallanes, Señor Abraham Aguilera, al Señor Gobernador del Territorio, don Vicente Fernández Rocuant, al Comandante en Jefe del Apostadero Naval, don Agustín Dagnino, al comandante y oficialidad del "Orompello", al Administrador General de la Sociedad Explotadora, señor Burbury, al Jefe del Servicio Marítimo de la Sociedad de Braun y Blanchard, señor Jorge Ihnen, a los funcionarios argentinos de Punta Arenas y Ushuaia, a los RR. PP. Salesianos y a varios otros particulares que me prestaron el mas decidido apoyo para el buen éxito de mi misión.

Debo a los señores Laurence Hnos. la mayor parte del espléndido resultado conseguido en mis investigaciones. Estos caballeros ejercitaron toda su influencia ante los yaganes, a fin de que me proporcionaran, sin desconfianza, los datos que

deseaba conocer. La ciencia les agradecerá sus importantes servicios.

Siendo de innegable importancia y urgencia proceder luego al estudio etnológico y somatológico de los aiakalufes, para completar el cuadro de la idiosincrasia de las razas fueguinas, no dudo que pronto encontraremos la ayuda necesaria para emprender una nueva expedición a la residencia de estos indígenas, los canales occidentales de la Patagonia. Tal empresa sería un título de orgullo para nuestro país y una demostración práctica del interés que merecen al Supremo Gobierno estos empeños científicos del Museo de Etnología y Antropología de Chile.

Santiago, 9 de Marzo de 1922.

MARTIN GUSINDE.